

IDA Y VUELTA

Los señoritos y la señorita de Lepic vienen de vacaciones. Al saltar de la diligencia, y en cuanto alcanza de lejos a ver a sus padres, Zanahoria se pregunta:

—¿Será éste el momento de echar a correr hacia donde están?

Vacila:

—Es aún demasiado pronto: me quedaría sin aliento; y luego, no hay que exagerar.

Sigue aplazándolo:

—Echaré a correr cuando llegue allí...
¡No! Cuando llegue allá...

ZANAHORIA

Se dirige preguntas:

—¿Cuándo he de quitarme la gorra? ¿A cuál de los dos he de besar primero?

Pero ya Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, se le han adelantado, y están repartiéndose las caricias familiares. Cuando llega Zanahoria, ya no quedan.

—¡Cómo!—dice la señora de Lepic.—¿Todavía llamas «papá» al señor Lepic, a tus años? Llámale «padre», y dale un apretón de manos: así hacen los hombres.

En seguida le da un beso, uno solo, en la frente, para no despertar envidias.

Tan contento está Zanahoria de verse en vacaciones, que hasta llora. Siempre le ocurre lo mismo: invierte el modo de manifestarse.

El día que han de volver al colegio (la reapertura está señalada para el lunes por

la mañana; el 2 de Octubre se dice la misa del Espíritu Santo), en cuanto oye a lo lejos las campanillas de la diligencia, la señora de Lepic se lanza sobre sus hijos y los estrecha en un solo apretón. Zanahoria no cae dentro de él. Espera pacienzudo que le llegue la vez, tendida ya la mano hacia las correas de la imperial, la despedida preparada, y tan triste, que a pesar suyo canturrea.

—¡Hasta la vuelta, madre!—dice con aires de dignidad.

—¡Andal!—exclama la señora de Lepic.—
¿Qué te has figurado, monigote? Parece que te cuesta trabajo decir «mamá», como todos. ¡Habrás visto! ¡Un mocoso que es, y quiere echárselas de persona!

Sin embargo, le da un beso, uno solo, en la frente, para no despertar envidias.

EL MANGO DE PLUMA

LA Institución de San Marcos, donde el señor Lepic ha puesto a Félix, el hermano mayor, y a Zanahoria, está agregada a los cursos del Liceo. Cuatro veces al día los alumnos se dan el mismo paseo, muy agradable en el buen tiempo, y tan corto cuando llueve, que los muchachos más bien se refrescan que se mojan: de modo que les resulta higiénico de una punta a otra del año.

Esta mañana, cuando vuelven del Liceo arrastrando los pies, en rebaño, Zanahoria, que lleva la cabeza baja, oye que le dicen:

—Mira, Zanahoria; allí está tu padre. Al señor Lepic le gusta dar tales sorpresas a sus chicos. Llega sin escribir, y se le ve de pronto plantado en la acera de enfrente, en la esquina, las manos a la espalda y el pitillo en la boca.

Zanahoria y Félix, el hermano mayor, rompen filas y corren hacia su padre.

—¡Te lo aseguro!—exclama Zanahoria.—Si en alguien pensaba, no era en ti.

—No piensas en mí hasta que me ves—dice el señor Lepic.

Zanahoria querría dar alguna respuesta afectuosa; pero tan ocupado está, que nada se le ocurre. Alzándose de puntillas, esfuerzase por besar a su padre. La primera vez le toca la barba con la punta de los labios; pero el señor Lepic, con un movimiento maquinal, levanta la cabeza, como si se esquivara. Luego se inclina y

vuelve a echarse atrás, y Zanahoria, que le buscaba la mejilla, yerra el blanco: sólo le roza en la nariz. El beso va al vacío. Él trata de explicarse tan extraña acogida.

—¿Será que papá ya no me quiere?—se pregunta.—Yo le he visto dar un beso a Félix, mi hermano mayor, y no se hacía atrás, sino que se abandonaba. ¿Por qué me evitará? ¿Querrá darme celos? Por lo regular, hago esta observación: cuando llevo tres meses lejos de mis padres, tengo unas ganas muy grandes de verlos. Me prometo echarme a su cuello como si fuese un perrito. Nos comeremos a caricias. Pero en cuanto los tengo delante, me dejan helado.

Entregado a sus pensamientos tristes, Zanahoria contesta mal a las preguntas del señor Lepic, cuando se informa de qué tal anda el griego.

ZANAHORIA

Según y conforme. La versión anda mejor que el tema, porque en la versión puede uno adivinar.

EL SEÑOR LEPIC

¿Y el alemán?

ZANAHORIA

La pronunciación es muy difícil, papá.

EL SEÑOR LEPIC

¡Porral! Y si se declara la guerra, ¿cómo vas a derrotar a los prusianos sin saber su lengua viva?

ZANAHORIA

¡Ah! De aquí a entonces ya me las arreglaré yo. Siempre me estás amenazando

ZANAHORIA

con la guerra. Decididamente, creo que esperará, para estallar, a que tenga yo acabados mis estudios.

EL SEÑOR LEPIC

¿Qué lugar te han dado en la última composición? Espero que no estarás a la cola.

ZANAHORIA

Uno hay aún detrás de mí.

EL SEÑOR LEPIC

¡Porra! ¡Y yo que iba a convidarte a almorzar! ¡Si siquiera fuese domingo! Pero entre semana no me gusta distraeros del trabajo.

ZANAHORIA

Lo que es yo no tengo gran cosa que hacer... ¿Y tú, Félix?

FÉLIX

Precisamente esta mañana se le ha olvidado al profesor darnos el ejercicio escrito.

EL SEÑOR LEPIC

Así estudiarás mejor la lección.

FÉLIX

¡Si ya la sé por adelantado, papá! Es la misma de ayer.

EL SEÑOR LEPIC

A pesar de todo, prefiero que vayáis al colegio. Trataré de quedarme hasta el domingo, y entonces nos resarciremos.

Ni la mueca de Félix, el hermano mayor, ni el silencio afectado de Zanahoria

retrasan la despedida, y llega el momento de separarse.

Zanahoria lo esperaba con inquietud.

—Voy a ver—se dice—si tengo más éxito; si a mi padre le disgusta o no que yo le bese.

Y resuelto, mirando de frente, alta la boca, se acerca.

Pero el señor Lépí, con mano defensiva, sigue manteniéndole a distancia, y le dice:

—Acabarás por saltarme un ojo con ese mango de pluma puesto sobre la oreja. ¿No podías ponértelo en otro lado cuando vas a besarme? Ten la bondad de observar que yo, por mi parte, me quito el cigarro.

ZANAHORIA

¡Ay, papáito mío, perdóname! Es verdad; el día menos pensado ocurre una des-

gracia por culpa mía. Ya me lo han avisado; pero el mango de pluma se tiene tan a gusto en mis orejas, que lo llevo siempre, y se me olvida. ¡Siquiera, debía quitar la pluma! ¡Ay, pobrecito papá! ¡Qué contento estoy por saber que el mango de pluma te daba miedo!

EL SEÑOR LEPIC

¡Porra! ¿Te ríes porque a poco más me dejas tuerto?

ZANAHORIA

No, papásto mío; me río por otra cosa: por una de esas tonterías que a mí se me ponen en la cabeza.

LAS MEJILLAS COLORADAS

TERMINADA la inspección habitual, el señor director de la Institución de San Marcos sale del dormitorio. Cada colegial se ha metido entre las sábanas como en un estuche, achicándose mucho para no rebosar. Violone, el inspector, echa una mirada para asegurarse de que todos están acostados, y empinándose de puntillas, baja el gas poco a poco. En seguida empieza el parloteo de vecino a vecino. De una cabecera a otra crúzanse los cuchicheos, y de los labios que se mueven va

creciendo por todo el dormitorio un ruido confuso, en el que de tiempo en tiempo se distingue el breve silbar de una consonante.

Es sordo, continuo; llega a hacerse irritante, y parece, en verdad, que todos esos paliques, invisibles y movedizos como ratones, se dedican a roer silencio.

Violone se calza unas zapatillas, se pasea un rato por entre las camas, cosquilleando aquí el pie de un colegial, tirando allá de la borla del gorro a otro, y va a pararse junto a Marseau, con quien da todas las noches ejemplo de largas conversaciones, que se prolongan hasta una hora muy avanzada. Suele ocurrir que los alumnos han terminado sus coloquios, apagados gradualmente, como si poco a poco hubieran ido subiéndose los embozos hasta la boca, y se han dormido, cuando aun

el inspector está inclinado sobre el lecho de Marseau, duramente apoyados los codos en la barandilla de hierro, insensible a la parálisis de sus antebrazos y al correteo de hormigas que se le pasean a flor de piel hasta las puntas de los dedos.

Le divierten sus relatos infantiles, y le mantiene despierto con íntimas confidencias e historias del alma. Le ha tomado cariño en seguida por el tierno y transparente tono de color de su tez, que parece iluminada por dentro. No es aquello piel, sino pulpa, tras de la cual, a la más leve variación atmosférica, se intrincan visiblemente las vénulas, como las líneas de uno de los mapas del atlas bajo una hoja de papel de calcar. Tiene además Marseau una manera seductora de ruborizarse, sin saber por qué y de improviso, que mueve a que le quieran como a una

muchacha. A menudo un compañero apoya la punta de un dedo en una de sus mejillas, y la quita brusco, dejando una huella blanca; pronto se vuelve a cubrir de un hermoso matiz rojo, que se extiende con rapidez, como el vino en el agua pura, se varía con riqueza, y se va matizando desde la sonrosada punta de la nariz hasta las orejas, color lila. Al alcance de todos está la prueba: Marseau, complacientemente, se presta a los experimentos. Le han puesto por mote *Lamparilla*, *Linterna*, *Cara Colorada*. Esa facultad de arrebolarse a voluntad le ha acarreado muchas envidias.

Zanahoria, su vecino de cama, está, entre todos, celoso de él. Pierrot linfático y desmedrado, de farináceo rostro, en vano se pellizca, hasta hacerse daño, la epidermis exangüe, todo para producir—¡qué, y

ni siquiera siempre!—algún punto de un rojo dudoso. De buena gana rayaría rencoroso a arañazos, y despellejaría como si fuesen naranjas, las mejillas bermejas de Marseau.

Intrigadísimo desde hace tiempo, esta noche se ha puesto en escucha en cuanto ha aparecido Violone, sospechando, con razón quizás, y deseoso de saber lo que haya de cierto en las actitudes disimuladas del jefe de estudios. Pone en juego toda su habilidad de espía: simula un ronquido de broma; cambia de postura con afectación, cuidando de dar toda la vuelta; lanza un grito penetrante, como si tuviese la pesadilla, con lo que despierta al dormitorio atemorizado, e imprime una fuerte ondulación a todas las sábanas; y apenas se ha ido Violone, dice a Marseau, sacando el cuerpo de la cama, ardoroso el aliento:

—¡Señorítica! ¡Señorítica!
No le contestan. Zanahoria se pone de rodillas, agarra a Marseau por un brazo, y sacudiéndole con fuerza:

—¿Oyes? ¡Señorítica!
Señorítica no da señales de oír. Zanahoria, exasperado, continúa:

—¡Muy bonito!... ¿Crees que no os he visto? Vamos a ver: di que no te ha besado. Dilo, vamos a ver; di que no eres su señorítica.

Se yergue, estirando el cuello, como un pato blanco cuando le irritan, apretados los puños, al borde de la cama.

Pero esta vez le contestan:

—Bueno; ¿y qué?

De un salto no más, Zanahoria vuelve a meterse entre las sábanas.

Es el inspector, que torna a presentarse en escena, surgiendo de repente.

II

—Sí—dice Violone;—te he dado un beso, Marseau; puedes declararlo, porque nada malo has hecho. Te he besado en la frente. Pero Zanahoria no puede darse cuenta, por lo depravado que está para sus años, de que ha sido un beso puro y casto, un beso de padre a hijo, y de que te quiero como a un hijo, o si lo prefieres como a un hermano, y mañana irá contando por ahí quién sabe qué ese idiotilla.

A tales palabras, mientras la voz de Violone vibra sordamente, Zanahoria se hace el dormido; pero levanta la cabeza para seguir oyendo.

Marseau escucha al inspector, tenue, tenue el aliento, porque, aunque encuentra

naturalísimas sus palabras, tiembla como si temiese la revelación de algún misterio. Violone continúa lo más bajo que puede. Son palabras inarticuladas, lejanas; sílabas localizadas apenas. Zanahoria, que, sin atreverse a dar la vuelta, se va acercando insensiblemente merced a unas leves oscilaciones de caderas, nada oye ya. Tan sobrecitada está su atención, que le parece que los oídos se le ahondan materialmente, abriéndose como un embudo; pero ningún sonido va a caer en ellos.

Se acuerda de haber experimentado a veces una sensación de esfuerzo semejante cuando escuchaba detrás de las puertas, pegando un ojo a la cerradura, con deseo de agrandar el agujero y de atraer a sí como con un gancho lo que quería ver. Pero aun apostarfa a que Violone sigue repitiendo:

—Sí; mi cariño es puro, puro, y eso es lo que no comprende el idiotilla ése.

Al cabo el inspector se inclina con la suavidad de una sombra hacia la frente de Marseau, le besa, le acaricia con la punta de la barba como con un pincel, y luego se yergue para irse, y siguiéndole Zanahoria con los ojos, se desliza por entre las hileras de camas. Cuando la mano de Violone roza una almohada, el durmiente, molesto, cambia de postura con un hondo suspiro.

Zanahoria sigue acechando por mucho tiempo. Teme una nueva aparición brusca de Violone. Ya Marseau está hecho una bola en su cama, con la colcha sobre los ojos, pero muy despierto, sin más recuerdo que el de la aventura, de que no sabe qué pensar. Nada encuentra que pueda causarle tormento, y, sin embargo, en la obscuridad de las sábanas la imagen de

Violone flota luminosamente, dulce como aquellas imágenes de mujer que le producen ardor en más de un ensueño.

Zanahoria se cansa de esperar. Sus párpados, como imantados, se juntan. Impónese la obligación de mirar al gas, casi apagado; pero, después de contar tres aglomeraciones de burbujitas crepitantes que se apretujan para salir del mechero, se queda dormido.

III

Al otro día por la mañana, en el lavabo, mientras que las puntas de las toallas frotan levemente los pómulos friolentos, Zanahoria mira con ojos aviesos a Marseau, y, tratando de hacer alarde de ferocidad, le insulta de nuevo, apretando entre los dientes las sílabas infamantes:

—¡Señoritical! ¡Señoritical!

Las mejillas de Marseau se vuelven de púrpura; pero responde sin cólera, con ojos casi suplicantes:

—¡Te digo que no es verdad eso que crees!

El inspector pasa revista de manos. Los alumnos, en dos filas, presentan maquinalmente primero el revés y luego la palma de la mano, volviéndolas con celeridad y metiéndolas en seguida, para calentárselas, en el bolsillo o bajo el edredón más inmediato. De ordinario, Violone se abstiene de mirarlas; pero hoy, desgraciadamente, repara en que las de Zanahoria no están limpias. Zanahoria, invitado a volverlas a poner bajo el grifo, se rebela. Cierto que se pudiera notar en ellas una mancha azulada; pero él sostiene que es un principio de sabañón. Decididamente,

la han tomado con él. Violone tiene que mandarle al despacho del señor director.

Éste ha madrugado, y prepara en su gabinete verde antiguo un curso de Historia que explica a los mayores en ratos perdidos. Aplastando contra el tapete de su mesa la pulpa de sus dedos bastos, sienta los principales jalones: aquí, la caída del Imperio romano; en el centro, la toma de Constantinopla por los turcos; más allá, la Historia moderna, que empieza no se sabe dónde, y ya no se acaba.

Lleva una amplia bata, cuyos galones bordados ciñen su pecho poderoso como maromas alrededor de una columna. Se ve que come demasiado el hombre; tiene las facciones gruesas y siempre un poco relucientes. Habla muy alto, hasta con las señoras, y los pliegues de su pescuezo ondulan de un modo lento y rítmico sobre

el cuello de su camisa. Es notable asimismo por la redondez de sus ojos y el espesor de sus bigotes.

Zanahoria está en pie ante él, con el gorro entre las piernas, para conservar toda su libertad de acción.

El director, con voz de trueno, le pregunta:

—¿Qué pasa?

—Señor director, el inspector me manda a decirle que tengo las manos sucias; pero no es verdad.

Y otra vez, concienzudamente, Zanahoria enseña las manos, volviéndolas, primero del revés, luego la palma. Y hace la prueba: primero la palma, luego el revés.

—¡Ah! ¿Conque no es verdad?—dice el director.—¡Pues cuatro días de encierro!

—Señor director—dice Zanahoria,—el inspector la ha tomado conmigo.

—¡Ah! ¿Conque la ha tomado contigo?
¡Pues ocho días!

Zanahoria sabe con quién trata. No le sorprende semejante dulzura: está decidido a afrontarlo todo. Afecta una postura rígida, junta las piernas y se envalentona, menospreciando un bofetón.

Porque se suele dar en el señor director una manía inocente, que consiste en derribar de vez en cuando a un alumno recalcitrante de un revés: ¡pum! La habilidad por parte del alumno aludido consiste en prevenir la bofetada agachándose, para que el director pierda el equilibrio, entre las risas sofocadas de todos. Pero nunca repite, porque su dignidad le impide emplear astucia contra astucia. Tiene que dar sin rodeos en la mejilla indicada, o, si no, dejarlo.

—Señor director—dice Zanahoria, real-

mente audaz y altanero,—el inspector y Marseau hacen cosas.

Los ojos del director se turban instantáneamente, como si dos mosquitos se hubiesen precipitado de súbito contra ellos. Apoya en el borde de la mesa ambos puños apretados, se incorpora, echando hacia adelante la cabeza como si fuese a dar un topetazo a Zanahoria en mitad del pecho, y pregunta en sonidos guturales:

—¿Qué cosas?

Zanahoria iba desprevenido. Esperaba (y acaso no ha hecho más que aplazarse) el envío de un macizo tomo de Henri Martín, por ejemplo, lanzado por mano cierta, y he aquí que le preguntan detalles.

El director espera. Todos los pliegues de su cuello se unen para formar un solo y único burlete, un almohadón en que se asienta, sesgada, su cabeza.

Zanahoria vacila, hasta que se convence de que las palabras no acuden a sus labios; y entonces, confusa de repente la cara, arqueada la espalda, aparentemente desgarbada y vergonzante la actitud, se pone a buscar la gorra entre las piernas, la saca aplastada, se encorva cada vez más, se empequeñece, la va levantando poco a poco hasta la altura de la barbilla, y con cazorra lentitud, con precauciones pudorosas, hunde la cabeza simiesca en el forro guateado, sin decir palabra.

IV

Aquel mismo día, después de una breve información, Violone queda despedido. La marcha es conmovedora; es casi una ceremonia.

—Volveré—dice Violone;—no es más que una ausencia.

Pero no se lo hace creer a nadie. La Institución renueva su personal, como si temiera que se le enmoheciese. Es un vaivén de inspectores. Éste se va como los demás se fueron, y como era mejor, se va más pronto. Casi todos le quieren. No se le conoce rival en el arte de escribir encabezamientos de cuadernos, tales como: *Cuaderno de ejercicios griegos para uso de...* Las mayúsculas tienen el relieve de las letras que hay en las muestras. Los bancos se quedan vacíos. Alrededor de su pupitre se forma un corro. Su bonita mano, en que brilla la piedra verde de una sortija, se pasea elegante por el papel. Al pie de la página improvisa una rúbrica. Va a caer, como una piedra en el agua, en una ondulación y un remolino de líneas, a

la vez regulares y caprichosas, que forman la rúbrica, obra maestra en pequeño. El rabo de la rúbrica se extravía, va a perderse en la rúbrica misma. Para dar con él, hay que mirarlo muy de cerca, buscarlo mucho tiempo. Inútil es decir que todo está hecho de un solo rasgo de pluma. Una vez ha llevado a feliz término un enredijo de líneas llamado florón. Por mucho tiempo los chicos se quedan maravillados. Cuando le ven despedido, sienten hondo pesar.

Acuerdan «zumbar» al director en la primera ocasión, es decir, hinchar los carrillos e imitar con los labios el vuelo de los moscardones, para dar muestra de su descontento. El día menos pensado lo hacen.

Entretanto se comunican unos a otros la tristeza. Violone advierte que le van a

echar de menos, y tiene la coquetería de marcharse a la hora del recreo. Cuando aparece en el patio, seguido de un mozo que le lleva el baúl, todos los chicos se abalanzan. Él estrecha manos, da palmaditas en las caras y lucha por rescatar los faldones de su levita sin desgarrarlos, acosado, estrechado y sonriente, conmovido. Hay quien, colgado de la barra fija, se para en mitad de una voltereta, y salta al suelo, abierta la boca, sudorosa la frente, arremangada la camisa, separando los dedos, untados de colofonia. Otros, más tranquilos, que daban vueltas monótonas por el patio, agitan las manos en señal de despedida. El mozo, encorvado al peso del baúl, se ha detenido para guardar la distancia, y un chiquitín aprovecha la ocasión para plantarle en el blanco delantal los cinco dedos manchados de arena

mojada. Las mejillas de Marseau, de puro sonrosadas, parece que las han pintado. Su corazón siente por primera vez una pena formal; pero turbado, forzado a reconocer para sus adentros que va a echar de menos al inspector, algo así como a una primita, se mantiene apartado, inquieto, casi avergonzado. Violone, sin reparo, se dirige hacia él, cuando se oye un estrépito de cristales.

Todas las miradas se fijan en la ventanita enrejada del encierro. La cabeza fea y salvaje de Zanahoria aparece detrás. Hace muecas de animalillo demudado y perverso metido en su jaula, caído el pelo sobre los ojos y al aire todos los dientes blancos. Mete la mano derecha por entre las ruinas del vidrio, que le muerde como si tuviese vida, y amenaza a Violone con el puño ensangrentado.

—¡Idiotilla!—dice el inspector.—¡Ya estarás contento!

—¡Anda!—grita Zanahoria, en tanto que, lleno de ánimo, rompe otro cristal de un segundo puñetazo.—¿Por qué le besabas a él y a mí no?

Y añade, pintarrajeándose la cara con la sangre que le brota de la mano, llena de cortaduras:

—¡También yo, cuando quiero, tengo mejillas coloradas!